

En la primera quincena de abril hizo un viaje Juan Valjean. Esto sucedía, como sabe el lector, algunas veces, á largos intervalos, y estaba ausente uno ó dos días á lo más. ¿A dónde iba? Nadie lo sabía, ni aún Cosette. Sólo una vez, en uno de sus viajes, le había acompañado ésta en coche hasta la esquina de un callejón sin salida, en cuya esquina había leído: *Callejón de la Plancheta*. Allí se había bajado y el coche había llevado á Cosette á la calle de Babilonia. Generalmente, Juan Valjean hacia estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Juan Valjean estaba, pues, ausente; al marcharse había dicho:—Volveré dentro de tres días.

Por la noche, Cosette estaba sola en la sala. Para matar el fastidio había abierto el piano y había empezado á cantar, acompañándose ella sola, el coro de Euryanto: *¡Cazadores perdidos en los bosques!*, que es quizá lo más bello de toda la música. Cuando le concluyó se quedó pensativa.

De repente creyó oír que andaban por el jardín.

No podía ser su padre, porque estaba ausente; ni la tía Santos, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Se dirigió á la ventana de la sala que estaba cerrada y aplicó el oído.

Le pareció que oía el paso de un hombre que andaba suavemente.

Subió con rapidez al primer piso, á su cuarto, abrió un ventanillo que había en el postigo y miró al jardín. Había luna llena y se veía como si fuese de día.

No había nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba absolutamente silencioso, y lo que se veía de la calle, desierto como siempre.

Cosette pensó que se había engañado; había creído oír aquel ruido, y todo era un alucinamiento producido por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos á la vista como un bosque vertiginoso, en que se oye el crujido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores casi envueltos en el crepúsculo.

Y no pensó más en esto.

Además, Cosette no era por naturaleza muy tímida. Tenía en las venas la sangre de esas gitanas y aventureras que andan con los piés descalzos. Recuérdese que era más bien alondra que paloma, y tenía un fondo de valor y de energía.

Al día siguiente, más temprano, á la caída de la noche, se estaba paseando por el jardín; y en medio de los confusos pensamientos en que estaba sumergida, creyó oír claramente un ruido semejante al de la víspera, como de alguna persona que anduviera en la obscuridad bajo los árboles y no muy lejos de ella; pero se decía que nada se asemeja tanto á los pasos sobre la hierba, como el roce de las ramas que se separan, y no hizo caso; además, no se veía nada.

Salió de la «maleza;» tenía que atravesar un es-

pacio alfombrado de menuda hierba para llegar á las gradas de la puerta. La luna, que acababa de salir á su espalda, proyectó su sombra delante de ella, y sobre la alfombra, cuando salió de la maleza.

Cosette se detuvo aterrorizada.

Al lado de su sombra la luna proyectaba claramente sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible; una sombra que tenía sombrero redondo.

Parecía la de un hombre que estuviese de pie en la orilla del césped, á pocos pasos detrás de Cosette.

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza. Pero, al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró al suelo; la sombra había desaparecido.

Penetró en la maleza, registró audazmente los rincones, llegó hasta la verja y no encontró á nadie.

Quedóse helada. ¿Había sido aquella también una alucinación? ¡Cómo! ¿Dos días seguidos? Una alucinación pase, ¿pero dos? Lo que la inquietaba más que todo es que la sombra no era seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al día siguiente volvió Juan Valjean. Cosette le refirió lo que había creído ver y oír. Esperaba que su padre la tranquilizaría, y que, encogiéndose de hombros, le diría:—Eres una loquilla.

Juan Valjean se alarmó.

—Quizá no sea nada,—dijo.

La dejó con cualquier pretexto y fué al jardín, y Cosette observó que examinaba la verja con mucha atención.

Por la noche despertó; esta vez estaba segura de oír pasos cerca de la escalinata por bajo de su ventana y la abrió. En efecto, en el jardín vió á un

hombre con un garrote en la mano. Iba ya á gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre: era su padre.

Volvió, pues, á acostarse, diciéndose:—¡Qué alarmado está!

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín y Cosette le observó por el ventanillo.

La tercera noche había luna menguante y salía más tarde; sería como la una de la mañana, y Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba:

—¡Cosette!

Echóse fuera de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba en el jardín, en el césped.

—Te despierto para tranquilizarte,—le dijo.—Mira; aquí tienes la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que hacía la luna y que parecía, en efecto, el espectro de un hombre con sombrero redondo.

Era un perfil producido por un tubo de chimenea de palastro con chapitel, que subía por cima de un tejado próximo.

Cosette se echó á reír también; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y á la mañana siguiente, cuando almorzaba con su padre, se chancó sobre el siniestro jardín visitado por las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente, y Cosette no se detuvo á examinar si el cañón de chimenea estaba en la misma dirección que la sombra que había visto ó había creído ver, y si la luna estaba en el mismo punto del cielo. No se fijó en la singularidad de un cañón de chimenea, que teme ser sorprendido en flagrante delito, y se retira cuan-

do miran su sombra; porque la sombra había desaparecido cuando Cosette se volvió, y Cosette creía estar segura de ello. La joven se tranquilizó por completo. La demostración le pareció evidente, y creyó que era un efecto de imaginación, lo mismo que los pasos de alguno que anduviese por el jardín por la tarde ó por la noche.

Pero algunos días después hubo un nuevo incidente.

## III

## ENRIQUECIDO CON COMENTARIOS DE LA TÍA SANTOS

En el jardín, y cerca de la verja que daba á la calle, había un banco de piedra, defendido de las miradas de los curiosos por un enrejado de cañas, pero hasta el cual podía llegar el brazo de un transeunte al través de la verja y de la enramada.

Una tarde de este mismo mes de abril había salido Juan Valjean; y Cosette, después de puesto el sol, se había sentado en este banco. El viento penetraba entre los árboles; Cosette meditaba; una tristeza sin objeto iba apoderándose poco á poco de ella; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierta á esa hora.

Fantina estaba quizá en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió lentamente una vuelta por el jardín, andando sobre la hierba inundada de rocío, y diciéndose al través del sonambulismo melancólico en que estaba sumergida:—Se deben usar zapatos fuertes para andar por el jardín á esta hora; es fácil constiparse.

Después volvió al banco.

En el momento en que iba á sentarse, observó, en el sitio que había ocupado, una gran piedra que no estaba antes.